

NOTA DE TAPA

El fileteador de Buenos Aires

Martiniano Arce. Porteño de pura cepa, fue el primero en trasladar la técnica de las carrocerías a las telas. Su nombre es hoy una parte indiscutible de la identidad cultural de Buenos Aires. Entrevista con el artista que se animó a filetear su propio ataúd.



Buenos Aires es el tango, el obelisco y el filete, ese arte popular que si bien tiene sus orígenes en tiempos remotos, fue adoptado por los porteños como hijo favorito para luego hacerlo “yirar” por el mundo totalmente reformulado.

Y si Gardel es tango, Martiniano Arce es filete, porque fue el primer artista plástico que trasladó esta técnica de las carrocerías a las telas para llevarla a la inmortalidad.

Dueño de un humor desopilante, detractor de los conocimientos sistematizados, apasionado por la práctica de su oficio, Arce dispara a La Cita la primera broma: “Yo nunca trabajé porque siempre me gané la vida pintando”. Sin embargo, en el devenir de la nota trasluce que tras ese morochazo de voz gruesa y decir seguro, hay un hombre con una sensibilidad extraordinaria, que ha pasado horas y horas pintando para perfeccionarse.

Nació en el barrio porteño de Palermo. Fue hasta sexto grado de la primaria y luego abandonó porque no le gustaba estudiar.

Hijo de padres que nada tenían que ver con el arte, desde muy pequeño supo que pintar era lo que le más gustaba en la vida. “Cuando empecé mis viejos no me dijeron nada, ni bueno ni malo. Pintar era una forma de vida, y yo creo que ellos no sabían para dónde iba a salir. Y yo tampoco”, cuenta.



Todavía siendo muy chico miraba las obras de Caravaggio y soñaba con pintar como él. Pero no tenía medios para ir a aprender, entonces ponía los objetos frente a sí y los pintaba una y otra vez, hasta que -con la infalible técnica de ensayo y error- fue logrando mejoras.

Sus primeros trazos fueron sobre las paredes viejas que estaban por su barrio. Allí pintaba con azufre, ladrillo, tiza y carbón, hasta que a los doce años se metió en las fábricas de carrocerías y ofreció hacer sus primeros fileteados. Desde entonces no paró. “Era muy audaz, inconsciente y movedizo, no le tenía miedo a nada”, se define.

Después de pintar miles de carrocerías, se animó a dar el paso que nadie había dado: llevó el fileteado a la tela.

-¿Se nace con talento?

-La práctica es lo que te da todo. El hombre nace puro e inocente, y luego toma el camino que quiere. Yo no soy perfecto, pero siempre trato de hacer y ser lo mejor que puedo. Cada día debe ser una obra de arte. Creo que uno debe darse cuenta de cuál es su talento. Uno es un mundo en sí y puede llegar a límites insospechados. Ahora bien, a una persona que sólo pinta sábado y domingo se le va a “plantar” la vida antes de que aprenda. Hay que hacerlo todos los días porque es la única manera de que uno pueda perfeccionarse. Uno pinta diez obras: cinco son presentables, tres son buenas y dos son excelentes, pero tenés que pintar las diez para descubrirte.

¿Por qué el amor al filete?

Conocí el filete del 1900 que trajeron inmigrantes italianos y franceses. Toma algo de las góticas francesas y alemanas, de los arabescos. Esta pintura siempre llamó la atención, no sólo a mí, sino a todos. Y yo creo que esto es porque refleja la simetría de los seres humanos, y también por el movimiento, las olas, las formas de las hojas, es decir, mucho está copiado de la naturaleza.

¿Se inspira en la naturaleza para pintar?

Para mí la musa inspiradora es la mujer. La mujer tiene formas agradables. Si

uno presta atención a mis cuadros hay formas voluptuosas y hermosas de la mujer. La mujer es mi inspiración, representa lo dulce y es lo más hermoso del mundo.



¿Por qué el dragón está tan presente en sus cuadros?

La figura del dragón comenzó a gustarme en la adolescencia. Por esos años leí la historia de Sigfrido, el héroe de la literatura mitológica germánica que lucha contra un dragón, lo mata y se baña en su sangre. Me pareció tan impresionante la imagen que comencé a pintar dragones. Con el tiempo supe que se los asocia como un símbolo de virilidad, de coraje. Y, finalmente, leí que para los orientales es símbolo de inmortalidad, y consideran que todos los animales están en él. Más allá de los cuadros en los que pinto sólo dragones, muchos fileteados tienen a la paloma y al dragón, que para mí representan el equilibrio, el ying y el yang, lo femenino y lo masculino, la armonía.

Tras escucharlo mencionar a varios autores, y luego del recitado de un fragmento del británico Joseph Kipling, surge la pregunta obligada: “¿Es un gran lector?”. Y él lo desmiente con gracia: “No, en absoluto, lo que pasa es que como no tengo nada en la cabeza todo lo que leo me queda. Por ejemplo, leí cuatro veces el Martín Fierro y me lo sé de memoria. Yo particularmente siento que retengo tanto porque cuando leo no me siento condicionado a aprender, me siento libre, como en todos los aspectos de mi vida”.

¿Cómo vive la vida?

Los chinos dicen que la vida es un arte, y el arte de la vida consiste en una acomodación constante al medio. Y eso se aplica a todos los aspectos de la vida. Si el mundo se viene abajo yo me corro.

¿Por qué fileteó su propio ataúd?

Cuando vi que los egipcios se mandaban a hacer sus propias tumbas pensé, ¿por qué no hacer lo mismo? Y así se me ocurrió comprar un ataúd y filetearlo. Yo no le temo a la muerte, es una parte natural de la vida. Además, creo que la muerte es la última muestra. Y ya tengo pensado cómo quiero que sea mi velorio: va a estar muy bueno, quiero que haya champagne y una exposición de mis cuadros. Por eso le escribí un epitafio: "Feliz descansaba el punto, estaba desabrigado, le pintaron la sonrisa en su 'jonca' fileteado".

¿Cómo vive el paso de los años?

A mí se me escapan el tiempo, los días y los años. Y esto me parece una maravilla. Nunca tuve la edad que tenía cronológicamente. En noviembre voy a cumplir 70, pero no me siento viejo para nada, porque el espíritu no envejece, sólo crece y madura. El cuerpo sí y por eso hay que cuidarlo. Cuando me caí de la escalera y me fracturé el brazo no hacía ejercicio. En ese momento me dijeron que para recuperar debía fortalecerlo, entonces empecé a hacer gimnasia con unas pesas y no sabés la fuerza que tengo ahora. Es increíble la potencialidad del ser humano.

¿Alguna cosa que quede por hacer?

Cuando me caí, tuve que estar sin pintar dos meses. En esos meses pensé tres cosas: la primera que le voy a escribir con tinta china cartas a mis seres queridos. La segunda que quiero hacer tiro al arco. Y la tercera que tengo que volver a hacer murales, pinturas bien grandes. Mi búsqueda siempre fue la felicidad, nunca busqué ni la fama ni el dinero. Hoy no soy ni rico ni pobre, y acepto las notas que me piden porque sé que vienen de la mano de mi arte.

Los chinos dicen que la vida es un arte, y el arte de la vida consiste en una reacomodación constante al medio. Y eso se aplica a todos los aspectos de la vida. Si el mundo se viene abajo yo me corro.

Al ataúd le escribí un epitáfio: Feliz descansaba el punto, estaba desabrigado, le pintaron la sonrisa en su 'jonca' fileteado

A mí se me escapan el tiempo, los días y los años. Y esto me parece una maravilla. En noviembre voy a cumplir 70, pero no me siento viejo para nada, porque el espíritu no envejece, sólo crece y madura.

EL RECUERDO

Martiniano cuenta que sobre el sillón que está en la misma sala en donde transcurre la entrevista dormía la siesta Antonio Berni. “Después de comer Antonio me pedía permiso y se acostaba un rato en el sillón porque le agarraba modorra”.

Los artistas se habían conocido en una galería de arte. Un día el gran Berni se le acercó y le dijo en voz muy baja: “Arce, no diga nada pero vamos a pintar juntos”. Un tiempo después “hicimos obras sobre telas enormes. El hacía las figuras y yo me encargaba de lo demás. Un recuerdo imborrable para mí”.